

Apuntes para una pedagogía de la Iniciación Cristiana. Itinerarios de fe en la Iniciación Cristianas

Manuel del Campo Guilarte

FACULTAD DE TEOLOGÍA SAN DÁMASO

MADRID

RESUMEN Los documentos eclesiales definen la Iniciación cristiana como un itinerario de fe a través del cual los iniciandos son introducidos en el conocimiento y la participación en el Misterio Cristiano. Itinerario de fe que la Iglesia debe promover mediante unos itinerarios iniciáticos diferenciados que vengán a responder a las variables que deben ser tenidas en cuenta para acompañar de un modo realista los procesos graduales que siguen los que se inician. No obstante, a pesar de su variedad, estos itinerarios, instrumentos catequéticos de ayuda, han de integrar las funciones eclesiales básicas por las que se configura la Iniciación Cristiana.

PALABRAS CLAVE Itinerario de la fe, itinerarios de iniciación cristiana, funciones eclesiales en la iniciación, elementos o variables de programación.

SUMMARY *Church documents define Christian initiation as an itinerary of the Faith by which a person comes to be initiated into the Christian Mystery. It is an initiation into the Faith the Church must promote through different initiation processes responding to variable existing factors. These must necessarily be taken into account to realistically accompany the gradual processes followed by those being initiated. Nonetheless, despite their variety, these itineraries have to integrate basic ecclesial functions which make up the Christian initiation.*

KEY WORDS *Itinerary of the Faith, itineraries of Christian initiation, ecclesial functions of initiation, programming element.*

I. INTRODUCCIÓN¹

Al iniciar esta exposición, permitidme, en primer lugar, traer a la memoria algunos puntos básicos, a modo de pinceladas, sobre la naturaleza de la inicia-

1 El presente texto reproduce la ponencia presentada por el autor en la Jornada de Catequesis celebrada en Mayo de 2009 en la Facultad de Teología de San Dámaso y organizada por el Departamento de Catequética de dicha Facultad. Para la publicación se ha mantenido su estilo oral.

ción cristiana, ya que es ésta la realidad básica a la que se va a hacer frecuente apelación a lo largo de la reflexión que ahora os ofrezco.

Como sabemos, la iniciación cristiana representa la expresión más significativa de la misión de la Iglesia (anunciar, santificar, enseñar a vivir el Evangelio) pues coincide plenamente el objeto de la iniciación cristiana que es la inserción en Cristo por la fe y los sacramentos con el objeto mismo de la misión eclesial². Estamos hablando de la inserción en Cristo, el nacimiento a una vida nueva después de un proceso constituido por el anuncio de la Palabra, la llamada a la conversión, la adhesión a la fe, el aprendizaje de las costumbres evangélicas y el propósito de seguir a Jesucristo.

Y además de ser la expresión más significativa de la misión, la iniciación cristiana constituye la realización de la función maternal de la Iglesia al engendrar a la vida a los hijos de Dios.

Los Obispos españoles han definido la iniciación cristiana como “la inserción de un candidato en el misterio de Cristo, muerto y resucitado, y en la Iglesia por medio de la fe y de los sacramentos” (IC 9) y a la vez presentan esta realidad como un acontecimiento de gracia, original y fundante; como un don del amor de Dios realizado por la mediación de la Iglesia para el bien del hombre, que es convocado a participar de la vida divina.

Por su parte el *Catecismo de la Iglesia Católica* se refiere a la iniciación cristiana como “la participación en la naturaleza divina que se realiza mediante el conjunto de los tres sacramentos de iniciación (cf. CCE 1212 y 1275). Esta inserción en el misterio de Cristo va unida a un itinerario catequético, ya que “la catequesis es elemento fundamental de la iniciación cristiana y está estrechamente vinculada a los sacramentos de iniciación” (DGC 66).

En efecto, en la iniciación cristiana el hombre, ayudado por la gracia divina, responde libre y generosamente a la Palabra de Dios, recorre un camino de liberación del pecado, experimenta la realidad gozosa del encuentro con Cristo y va creciendo en la fe hasta sentarse a la mesa de la Eucaristía. A través de este itinerario iniciático la Iglesia se edifica a si misma.

2 cf. CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, *Iniciación cristiana. Reflexiones y orientaciones* (IC), 13.

Ahora bien, la iniciación cristiana señala y en gran medida define el modelo o paradigma de la catequesis actual. De tal modo que tomar la opción, como han hecho los Obispos españoles, de impulsar y consolidar la renovación de la pastoral de la iniciación cristiana en la Iglesia actual, poner en el primer plano la tarea de hacer nuevos cristianos, optando por la iniciación cristiana como objetivo pastoral prioritario, entraña, a la vez, decidirse por un determinado modelo de catequesis: una catequesis de carácter catecumenal al servicio de la iniciación cristiana.

Luego, en vez de una catequesis que, no teniendo en cuenta la situación real de los catequizandos, da por supuesto la fe en ellos, y por eso se centra en la tarea de educar esa fe, se trata más bien de impulsar una catequesis que busca suscitar la fe, proponer la fe a aquellos que no la tienen o dudan de ella; una catequesis orientada no tanto al mantenimiento de la fe cuanto al servicio del hacer cristianos. Y por eso, una catequesis que atienda a la génesis de la fe y al establecimiento de los cimientos de la vida espiritual del cristiano. Es la catequesis denominada de iniciación cristiana o al servicio de la iniciación cristiana.

Como es sabido, la opción por una catequesis de esta naturaleza fue tomada por el *Directorio General para la Catequesis* al proponer a la Iglesia un nuevo y decidido impulso en el campo de la catequesis actual:

La catequesis es elemento fundamental de la iniciación cristiana y está estrechamente vinculada a los sacramentos de la iniciación, especialmente al bautismo, sacramento de la fe... La finalidad de la acción catequética consiste precisamente en esto: propiciar una viva, explícita y operante profesión de fe (DGC 66).

Ya el Papa Juan Pablo II había puesto el acento, años antes, en la necesidad de atender en la catequesis el despertar y nacimiento de la fe:

La práctica catequética debe tener en cuenta el hecho de que, a veces, la primera evangelización no ha tenido lugar. Cierta número de niños

bautizados en su infancia llega a la catequesis parroquial sin haber recibido iniciación alguna en la fe, y sin tener todavía adhesión alguna explícita y personal a Jesucristo...La catequesis debe a menudo preocuparse no sólo de alimentar y enseñar la fe, sino de suscitarla continuamente con la ayuda de la gracia, de abrir el corazón, de convertir, de preparar una adhesión global a Jesucristo, en aquellos que están aún en el umbral de la fe (CT, 19).

Deseo ahora proponer el objeto y contenido propio de esta intervención que se centra en los itinerarios de fe en la iniciación cristiana. Y así, el título que preside esta reflexión “Para una pedagogía de la iniciación cristiana” señala el marco general. El subtítulo “Los itinerarios de la fe en la iniciación cristiana” expresa el centro y objeto propio de este estudio. Pues bien, teniendo en cuenta esta precisión y la vinculación directa a la pedagogía de la fe, permitidme algunas consideraciones al respecto.

La pedagogía de Dios en la iniciación cristiana y la pedagogía de la fe propia de la catequesis al servicio de la iniciación cristiana presenta e integra diversos niveles que es preciso considerar y también diferenciar. A modo de síntesis y sólo como apunte descriptivo, podrían establecerse los siguientes:

- En primer lugar, está el nivel de los principios y criterios teológicos generales, ciertamente sustentados en la acción de Dios en la historia. Estos principios y criterios son como las bases que hunden sus raíces en la pedagogía de Dios, en la original y eficaz pedagogía de Dios a lo largo de la historia de la salvación, en la acción benevolente de Dios con los hombres. Se trata en definitiva de alcanzar a definir y desarrollar los fundamentos teológicos de la pedagogía catequética que, en cuanto tales, han de inspirar y configurar la pedagogía de la fe en su conjunto.

Es el primer nivel o área de referencia que constituye, como núcleo básico y esencial, el cuerpo doctrinal fundamental de la pedagogía catequética. A esto se refiere el *Directorio General para la Catequesis* en el capítulo 1 de su Tercera Parte, donde se proponen los principios inspiradores básicos que, eso sí, están demandando un desarrollo sistemático más amplio y depurado.

- El segundo nivel que, a mi entender, merece ser considerado es el de las líneas pedagógicas de acción, llamadas a promover y articular los procesos pedagógicos concretos de la catequesis de iniciación cristiana.

Se trata de aquellos elementos de carácter pedagógico del itinerario de la fe en la iniciación cristiana. Son, en definitiva, los componentes operativos a considerar en el diseño y programación de los itinerarios concretos de iniciación cristiana.

Me estoy refiriendo al desarrollo ulterior del núcleo primero; un desarrollo que se hace ahora en clave operativa, más explícitamente pedagógica. Por eso la dimensión práctica será ahora más visible, pues contempla el campo de los procedimientos y comprende la realidad concreta de los destinatarios (con sus diversas circunstancias y dimensiones) a los que queremos transmitir la fe de la Iglesia, acompañándoles en el camino hacia el encuentro con Cristo.

- El tercer nivel del “corpus” de la pedagogía de la fe en la iniciación cristiana se ha de referir, a mi juicio, al acto mismo de la catequesis y contiene la concreción de las intervenciones educativas específicas, de los medios y materiales catequéticos, de las didácticas y metodologías propias de la comunicación de la fe en la concreción de la acción misma de catequizar. Es el nivel más visible y directo del conjunto de la acción pedagógica. Tanto este nivel como el anterior tienen un carácter abierto y variable.

Estas tres dimensiones o áreas de referencia, que constituyen el cuerpo pedagógico de la catequesis de iniciación cristiana, han de mantener entre sí una íntima y necesaria relación, puesto que han de explicitar, tanto en el campo de la reflexión como en el de la acción, la realidad de su unidad, aún cuando el tratamiento pueda ser singularizado por razones metodológicas.

La reflexión que ahora pongo a vuestra consideración se integra en el segundo de los niveles al que he hecho referencia, es decir, a las líneas pedagógicas de acción.

Naturalmente no pretendo agotar todos los contenidos propios de este nivel. Asumiré tan sólo una de las dimensiones que, a mi juicio, es de gran

importancia: los itinerarios de la fe en la iniciación cristiana. Es ésta una cuestión que empieza a ser planteada con alguna insistencia hoy entre nosotros, y que está necesitada de aclaración. De su tratamiento y adecuada comprensión va a depender el ordenamiento correcto de los procesos iniciáticos. En concreto, trataré de ofrecer algunas sugerencias para la elaboración de la programación educativa de los itinerarios de iniciación cristiana, su aplicación y desarrollo. He aquí el objeto preciso de mi intervención.

Quiero advertir que las afirmaciones y propuestas de trabajo que presento tienen su fundamento e inspiración en los contenidos del primer nivel (el de los principios y criterios teológicos) al que más arriba he hecho referencia, y que han de sustentar e inspirar todos los desarrollos y procesos de la pedagogía de la fe.

II. LA INICIACIÓN CRISTIANA, ITINERARIO DE FE.

Paso al siguiente punto, y lo hago desde una cuestión de principio: ¿Qué entender por itinerario de fe en la iniciación cristiana? ¿Qué es y en qué consiste el itinerario de la fe en la iniciación cristiana?

La iniciación cristiana, que es acontecimiento de gracia constitutivo de la identidad propia del cristiano por la inserción en el misterio de Cristo, ha sido entendido por la Iglesia desde sus orígenes como un proceso o itinerario de fe a través del cual se llega a ser cristiano. Un proceso que supone el avanzar progresivo en la fe. El *Catecismo de la Iglesia Católica* se refiere a la iniciación cristiana de este modo:

Desde los tiempos apostólicos, para ser cristiano se sigue un camino y una iniciación que consta de varias etapas. Este camino puede ser recorrido rápida o lentamente. Y comprende siempre algunos elementos esenciales: el anuncio de la Palabra, la acogida del Evangelio que lleva a la conversión, la profesión de la fe, el Bautismo, la efusión del Espíritu Santo, el acceso a la comunión eucarística (CCE 1229).

Es decir, el *Catecismo de la Iglesia Católica* habla claramente de un camino de fe, centrado en el anuncio de la Palabra y en la escucha y acogida de la misma por parte del hombre, que lleva a la conversión y a la profesión de la fe; asimismo, en la recepción del don de la salvación por los sacramentos de iniciación cristiana. En definitiva acentúa la perspectiva del avanzar en la fe. Un avanzar en la fe hacia el descubrimiento progresivo de Cristo, hacia el encuentro y comunión con El. Un proceso fundado en la fe y que ha de ser regido por la fe. Esta primacía de la fe nos está indicando que para llegar a Jesucristo, a descubrirle, conocerle y amarle de verdad es necesario emprender el camino de la fe. Así fue en los primeros discípulos del Señor: Pedro (Mt 16,16), Andrés y Juan (Jn 1,35), Saulo de Tarso (Hch 9,1) Tomás (Jn 20, 24), la samaritana (Jn 4), Zaqueo (Lc 19, 1). Y en todos los discípulos de todos los tiempos.

Esta misma idea de itinerario de fe la recogen los Obispos españoles en su Instrucción sobre *La iniciación cristiana. Reflexiones y orientaciones*, hablando del carácter dinámico de la iniciación como itinerario de fe (cf. IC 31). Y en otro texto posterior (*Orientaciones pastorales para el catecumenado*) van a ser aún más explícitos:

La iniciación cristiana se hará gradualmente a través de un itinerario litúrgico, catequético y espiritual, como un camino de conversión que se desarrolla en el seno de la comunidad cristiana, estableciendo etapas a través de las cuales se va avanzando en la fe³.

En este sentido cabe definir la iniciación cristiana como itinerario de fe, como un camino progresivo de conocimiento del misterio de Dios y de participación en el misterio de la salvación; como un avanzar, con la gracia de Dios y el auxilio de la Iglesia, hacia el encuentro con Cristo y el propósito decidido de hacer de la vida un seguimiento de Cristo.

Su modelo de referencia será la historia del Pueblo de Dios que sale a su encuentro, le habla, mora junto a él y le ofrece incorporarse a la Alianza.

3 CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, *Orientaciones pastorales para el Catecumenado*, 12.

Es la historia de la salvación, la historia de la presencia y del amor de Dios, y de la respuesta en la fe por parte del hombre. En este marco tiene lugar el acontecimiento de la revelación de Dios y del diálogo de la salvación, que culminará en la Nueva Alianza, en el acontecimiento pascual de Jesucristo. “Sal de tu tierra y de tu patria, y de la casa de tu padre, a la que yo te mostraré. De ti haré una nación grande y te bendeciré” (Gn 12, 1-2). Es la “promesa” que encierra un proyecto de salvación para el hombre, a quien invita a recorrer un camino de fe.

Hoy, al igual que siempre, Dios continúa actuando mediante palabras, acontecimientos e intervenciones de gracia, en la trama de la historia personal de los hombres, hasta conducirles a participar del misterio pascual de Cristo y a su incorporación en su Pueblo, que es la Iglesia.

Pues bien, a la luz de la historia de la salvación vamos a entender la naturaleza de la iniciación cristiana, como un avanzar progresivo, por la acción del Espíritu Santo, hacia el encuentro con Cristo y la transformación en El; como un proceso de maduración y de perfeccionamiento en la fe. Esta realidad deberá inspirar y regir toda pastoral de iniciación cristiana, sus objetivos y líneas de acción. Y asimismo, deberá definir los itinerarios o procesos concretos de iniciación cristiana que se establezcan al servicio de este acontecimiento que es la iniciación cristiana.

III. ITINERARIOS DE INICIACIÓN CRISTIANA

Damos un paso más. El acontecimiento de gracia y de libertad, que denominamos itinerario de fe y que es el alma de la iniciación cristiana, puede ser considerado, por una parte, como una realidad de carácter personal y por ello tener la cadencia y el ritmo propio de cada persona. En este sentido cabe decir que cada itinerario de fe es, en cierto modo, único y personal en la medida en que expresa la relación personal entre Dios y el hombre.

Pero, por otra parte, puede y debe ser impulsado, ordenado y organizado catequéticamente, precisamente para que pueda estar al servicio de ese

diálogo de salvación entre Dios y el hombre. Es decir, cabe impulsar pedagógicamente el avanzar en la fe, acompañar y orientar el itinerario de fe de los iniciandos que constituye la iniciación cristiana.

Entramos así en otra concepción u otro nivel de comprensión del itinerario de fe. Ahora como instrumento catequético de ayuda, como propuesta pedagógica de acompañamiento y guía, como estructura de orientación para impulsar ese progresar en la búsqueda, la acogida y el encuentro con el Señor hacia la Pascua.

En cualquier caso conviene no identificar ni confundir lo que es un instrumento catequético y pedagógico de ayuda, que tiene siempre un carácter adaptativo y relativo, con la realidad esencial y básica que entraña el itinerario de fe del que más arriba he hablado, y que es elemento constitutivo del proceso de iniciación cristiana. Este, el itinerario de fe, es sustantivo y siempre necesario en la iniciación cristiana; el otro, es tan sólo un instrumento a su servicio como proceso concreto y posible, y pastoralmente conveniente, según sean las circunstancias y situaciones específicas de los iniciandos. Habiéndose asumido por muchos, en la práctica, la misma denominación (la expresión “itinerario de fe”) tienen de hecho distinta naturaleza e identidad, y por eso deben ser diferenciados.

El instrumento de ayuda, al que solemos denominar itinerario o itinerarios de iniciación cristiana, está al servicio del diálogo de la salvación entre Dios y cada persona concreta; se configura como un camino posible de descubrimiento y madurez en la fe con la ayuda del catequista y de la comunidad cristiana, se ordena a impulsar y favorecer el encuentro con Cristo, la inserción en su misterio de salvación y en la Iglesia por la fe y los sacramentos.

En definitiva, los llamados itinerarios de iniciación cristiana, o procesos catequéticos de ayuda, a diferencia del itinerario de fe, en que consiste la iniciación cristiana, son instrumentos de carácter pastoral al servicio del proceso iniciático; y suelen establecerse según edades, situación y nivel de fe, condiciones y características particulares de los iniciandos, así como el contexto sociocultural, las urgencias pastorales y otras circunstancias.

IV. DIMENSIONES PROPIAS DEL ITINERARIO DE LA FE Y DE LOS ITINERARIOS DE INICIACIÓN CRISTIANA. O FUNCIONES PASTORALES DE LA MEDIACIÓN ECLESIAL EN LA INICIACIÓN CRISTIANA

Nos adentramos ahora en la descripción de los itinerarios de iniciación cristiana, y consideramos en primer lugar algunas de las dimensiones propias de los mismos, y que son, por eso, funciones pastorales de las que la Iglesia no puede prescindir en la iniciación cristiana.

Lo hacemos volviendo a considerar aquellas dimensiones a las que más arriba he hecho referencia, y que son propias tanto del itinerario de la fe, como de los llamados itinerarios de iniciación cristiana o procesos catequéticos de ayuda al servicio de la iniciación cristiana.

Ambos, vuelvo a decir, se definen como un progresar por parte del iniciando en la fe, la esperanza y la caridad; como un camino de maduración en el conocimiento del misterio de Dios; asimismo como un ejercitarse en las costumbres evangélicas; y también como un aprender a acoger y celebrar el don de la salvación en los sacramentos. Todo esto se irá logrando gradualmente a través de un avanzar efectivo (primer aspecto a retener), a través de un itinerario que es a la vez catequético, litúrgico y espiritual (segundo punto a considerar).

1. LA GRADUALIDAD DE LOS ITINERARIOS INICIÁTICOS

En primer lugar consideramos el avanzar progresivo del catequizando en la formación y maduración de la fe. El *Ritual de la Iniciación Cristiana de Adultos* (Observaciones previas, 1-40) el *Directorio General para la Catequesis* (88-89) y el Documento de los Obispos Españoles *La iniciación cristiana. Reflexiones y orientaciones* (24-31) entre otros, muestran este proceder gradual, jalonándolo de etapas, tiempos y grados, como es bien conocido. Así se habla de un tiempo o etapa precatecumenal destinado al anuncio misionero; del tiempo o etapa de la catequesis propiamente dicha, denominado tiempo del catecumenado; del tiempo o etapa de la purificación e iluminación; de la celebración de los sacramentos de iniciación cristiana, como momento y reali-

dad central de la iniciación cristiana; del tiempo o etapa de la profundización en los misterios recibidos o mistagogia. Es necesario tener en cuenta que este proceso dinámico, además de definir los tiempos y etapas, está reclamando, como más arriba he afirmado, un tipo o modelo de catequesis: la catequesis de iniciación cristiana. Es ésta una primera exigencia básica, que en modo alguno puede solaparse o sustituirse, y que es previa a todo esto de lo que estamos tratando. Conviene advertir que aún hoy existen ámbitos de catequización donde la catequesis de iniciación cristiana, en cuanto tal, está encontrando serias dificultades y resistencias para ser una realidad, o sencillamente es desconocida o confundida en su identidad y en su aplicación.

2. FUNCIONES ECLESIALES EN LA INICIACIÓN CRISTIANA

Pero además de esta perspectiva, que señala la gradualidad, y acentúa el proceso de maduración y de crecimiento en la fe, hemos de referirnos, como más arriba he afirmado, a tres dimensiones y funciones eclesiales que configuran los itinerarios de iniciación cristiana: la catequesis, la liturgia y el ejercicio espiritual y ascético; o, en otros términos, el itinerario catequético, itinerario litúrgico e itinerario espiritual. Los tres articulados de modo orgánico y de forma inseparable, pues los tres se complementan mutuamente. Mediante ellos, formando una unidad, se irá configurando y fortaleciendo la personalidad cristiana del iniciando.

Los Obispos españoles, en su instrucción sobre *La Iniciación cristiana*, se refieren a estas tres dimensiones denominándolas “funciones eclesiales” y “funciones pastorales” íntimamente relacionadas entre sí.

Catequesis y liturgia, afirman, constituyen visiblemente dimensiones de una misma realidad, introducir a los hombres en el misterio de Cristo y de la Iglesia (IC 39).

Por eso, avisan, “no debe perderse de vista su íntima complementariedad y apoyo mutuo” (IC 40). Por su parte, el *Catecismo de la Iglesia Católica* afirmará:

La catequesis está íntimamente unida a toda acción litúrgica y sacramental, porque es en los sacramentos, y sobre todo en la Eucaristía, donde Jesucristo actúa en plenitud para la transformación de los hombres (CCE 1074).

La liturgia, por su parte, debe ser precedida por la evangelización, la fe y la conversión; sólo así puede dar sus frutos en la vida de los fieles (CCE 1072).

A su vez, el iniciando va a necesitar tener dispuesto su espíritu para alcanzar a reconocer el don de Dios y vivir la vida nueva según el Espíritu. Si esto (reconocer y acoger el don de Dios y vivir la vida nueva) es el corazón de la iniciación cristiana, se impone la atención y cultivo del espíritu, de la vida interior del iniciando. Es decir, la promoción del llamado itinerario espiritual.

La catequesis: del anuncio de la Palabra a la profesión de la fe

La catequesis es la primera de las dimensiones y funciones eclesiales a tener en cuenta en los itinerarios de iniciación cristiana.

Mediante la catequesis, que es acto de tradición viva, la Iglesia transmite a los catequizandos la experiencia que ella misma tiene del Evangelio, su fe, para que aquellos que la acogen la hagan suya al profesarla. Por eso,

La auténtica catequesis es siempre una iniciación ordenada y sistemática a la Revelación que Dios ha hecho al hombre en Jesucristo, revelación conservada en la memoria profunda de la Iglesia y en la Sagradas Escrituras y comunicada constantemente, mediante una *traditio* viva y activa de generación en generación (DGC 66).

Esta catequesis comprende la iniciación en el conocimiento del misterio cristiano, la iniciación en la liturgia de la Iglesia y en la oración, y el aprendizaje de toda la vida cristiana, que propicia un auténtico seguimiento de Jesu-

cristo e introduce en la comunidad eclesial (cf DGC 67). En definitiva, comprende los llamados cuatro pilares de la fe, que lo son también de toda catequesis: la fe profesada, celebrada, vivida y hecha oración.

Mediante el itinerario catequético se irán poniendo así los cimientos del edificio espiritual del cristiano, se buscará enraizar al iniciando en las fuentes de la fe y de la vida, capacitándole para recibir posteriormente el alimento sólido en la vida ordinaria de la comunidad (cf. DGC 67).

La liturgia: hacia la comunión con el misterio de Cristo

Del anuncio y acogida de la Palabra a la comunión con Cristo. El mismo Cristo resucitado, a quien la catequesis anuncia, obra la salvación del hombre por medio de la liturgia. “En la liturgia, como afirma la Constitución sobre la sagrada liturgia *Sacrosantum Concilium*, los signos sensibles significan, y cada uno a su manera, realizan la santificación del hombre”. (SC 7). La fe que la Iglesia proclama y confiesa en el Credo, se celebra en los sacramentos que nos introducen en la comunión con Cristo.

Los sacramentos, por ser obra de Cristo Sacerdote y de su Cuerpo, que es la Iglesia, son acciones sagradas por excelencia “cuya eficacia, con el mismo título y en el mismo grado, no le iguala ninguna otra acción de la Iglesia” (SC 7). Por eso afirmamos que los sacramentos del Bautismo, de la Confirmación y de la Eucaristía son fuente y cima de la iniciación cristiana (cf. SC 10, IC 45). Por ellos se realiza sacramentalmente la comunión del misterio de Dios, la inserción y comunión en el misterio de Cristo.

Y así, la celebración de los sacramentos de iniciación, junto con el resto de celebraciones litúrgicas, ponen de manifiesto la progresiva vinculación de los catequizandos con Cristo, a la vez que les comunica la salvación que brota del misterio pascual.

Por eso, es necesario insistir en la atención y cuidado debidos a estas celebraciones litúrgicas, con objeto de que lleguen a ser para los iniciandos verdaderos acontecimientos de gracia que sellen el encuentro salvador con Jesucristo. De este cuidado, junto a la atención debida a la acción catequética, va a depender en gran medida el fruto espiritual de todo el itinerario de

iniciación y aún el sentido mismo de toda la vida cristiana que abren estas realidades iniciáticas (cf. IC 45).

En este sentido, conviene seguir insistiendo en la necesidad de conjuntar los proyectos y trabajos de los responsables tanto de la liturgia como de la catequesis en la comunidad parroquial, con objeto de desarrollar y proponer de modo adecuado, la explicación del sentido y significado de las celebraciones litúrgicas, su localización en el proceso iniciático y, sobre todo, el acontecimiento de su celebración.

El itinerario espiritual: El tercer pilar de la iniciación cristiana

El itinerario de fe, que es la iniciación cristiana, tiene la forma de un avanzar progresivo en el conocimiento del misterio de Dios, en la experiencia de su presencia y de su amor. Pero es asimismo un avanzar en la conversión que lleva a una decisión de fe y a una orientación de la vida en la dirección del Evangelio. Por todo esto, el itinerario de iniciación cristiana representa un verdadero proceso espiritual de crecimiento en la fe que es necesario atender en cada persona. En concreto, el camino de crecimiento espiritual, por el que el iniciando irá avanzando, incluye algunos pasos a dar que aquella persona o personas que tienen la tarea de acompañar y guiar al catequizando, deben promover y propiciar. Estos pasos o hitos en el camino son, entre otros, los siguientes: ayudar al catequizando a descubrir la presencia y de la intervención de Dios en las realidades cotidianas de la vida; disponer su espíritu para aprender a reconocer y a acoger la acción del Espíritu Santo, que es nuestro maestro interior, el que nos trabaja y nos hace crecer; iniciarse en la vida de oración; asimismo, enseñar a practicar la ascesis cristiana y el uso adecuado de los bienes como ejercicio de lucha contra el mal; igualmente, aprender a renunciar a las distintas propuestas de idolatría que hoy presenta el universo cultural y social que nos rodea; ejercitarse en el servicio a los hermanos, especialmente a los más necesitados; enseñar a asumir la decisión firme de seguir al Señor, como nuevo horizonte de vida.

Es evidente que para alcanzar todo esto, para ir descubriendo el sentido profundo que tienen las palabras, las intervenciones y los hechos de todo

el proceso de fe que constituye la iniciación cristiana, el iniciando va a necesitar tanto el testimonio de la fe y la guía del catequista, como los de la comunidad cristiana que le acoge y respalda. Va a necesitar palpar, en definitiva, la vivencia de la fe y la santidad de aquellos que le acompañan en el camino hacia el encuentro con Cristo. No podemos olvidar que el lenguaje de la transmisión de la fe es el testimonio y el método propio de toda catequesis la santidad. Ambas exigencias están señalando el horizonte de la formación de los catequistas.

Resumiendo: estos tres itinerarios (catequético, litúrgico y espiritual) que están irreductiblemente unidos e interactuando conjuntamente, deben ser objeto de consideración y cuidado especial por parte de los responsables de la pastoral de iniciación cristiana. En concreto, deberán ser tenidos en cuenta, como un todo unitario, en los procesos de programación y desarrollo pedagógico de la catequesis de iniciación cristiana. De la adecuada articulación de los mismos y de su programación cuidadosa dependerá en gran medida el éxito de cualquier itinerario concreto de fe en la iniciación cristiana.

V. VARIABLES DE LOS ITINERARIOS DE INICIACIÓN CRISTIANA.

Damos ahora un paso más, de carácter específico y operativo, accediendo a los aspectos más concretos y también más relativos de los itinerarios de iniciación cristiana. Me refiero a las variables propias de una programación de este orden.

Al decir variables, me estoy refiriendo a aquellos factores que entran a formar parte del diseño y articulación concreta de los itinerarios de iniciación cristiana. Es decir, son aquellos elementos a tener en cuenta en una programación catequética específica, y que por tanto sirven para impulsar pedagógicamente el proceso de avance que deseamos llegue a alcanzar el iniciando con la ayuda, de carácter instrumental, de tal programación o, mejor, secundando las disposiciones y sugerencias de tal instrumento pedagógico de ayuda.

En la elaboración de un instrumento pedagógico de ayuda estas variables o factores coadyuvantes del mismo atenderían la dimensión sincrónica del marco de una programación.

Estas variables podrían ser, entre otras, las que a continuación se proponen. Sin embargo, deseo advertir que es una propuesta abierta, de modo que cabría incorporar, según circunstancias, otras posibles y complementarias.

1. LOS DESTINATARIOS

Se trata de tener en cuenta y atender, a lo largo de todo el itinerario, a las personas concretas de aquellos iniciandos que forman parte del proceso que estamos emprendiendo. Los destinatarios deberán ser considerados en la realidad concreta de su edad y etapa vital; su capacidad mental, afectiva y relacional; su situación religiosa y nivel de fe; su contexto sociocultural y sus condiciones de carácter familiar, laboral...Y tener en cuenta a cada uno de los iniciandos de modo personal y singular.

Todo proceso y programación educativa no puede sino acoger y considerar todos los perfiles y caracteres específicos que presenta el horizonte antropológico de los catequizandos que van a recorrer el camino de la fe.

2. LOS OBJETIVOS

Ya al inicio de todo camino o proceso de crecimiento sabemos que debe ser establecida la orientación de la marcha y, en consecuencia, los objetivos de la misma. Unos objetivos que en este caso han de ser claros, asequibles y evaluables, tanto referidos a la globalidad del proceso, como a los sucesivos momentos y etapas del mismo. La concreción y especificación de los objetivos representa en toda programación un factor de primer orden, en la medida en que, a este nivel, están pidiendo un alto grado de definición y precisión. Unas veces estos tendrán un carácter más apologético y misionero; otras deberá ser acentuada la dimensión reflexiva; en casos será conveniente dar prioridad a la dimensión espiritual y a la interiorización; otras veces deberá atenderse con preferencia la dimensión experiencial o la celebrativa...En cual-

quier caso, es necesario cuidar la exigencia propia de los objetivos porque orientan y dan sentido a la marcha de todo el proceso.

3. LOS CONTENIDOS

Se trata de integrar en el desarrollo del proceso vital educativo la realidad de la ordenación y organización del mensaje cristiano. En concreto cuidar la adecuada distribución y secuenciación del mensaje de la fe, de los contenidos de la fe, a lo largo de todo el proceso emprendido.

Debe superarse el riesgo, tan común en ciertas programaciones y materiales catequéticos, de desfigurar el mensaje de la fe a causa de la imprecisión y la vaguedad, así como de aquellas exposiciones de la fe que disuelven el contenido de la misma en la nebulosa de unas formulaciones globales y genéricas. Bien al contrario, es necesario establecer con precisión un “iter temático” que proponga de modo secuenciado y ordenado la verdad de la fe cristiana. Es decir, puesto que de la programación de los contenidos de la fe se trata, habrán de tenerse en cuenta los principios pedagógicos de progresión y de proporcionalidad, y a la vez, el principio de sistematicidad y de organicidad; los principios de capacidad asimilativa, de significatividad y de adaptación; y también aquellos que sustentan y aseguran la unidad e integridad del mensaje cristiano.

Ahora bien, en la programación de los contenidos de la fe cabe la posibilidad de establecer diversas líneas de trabajo: podría seguirse, por ejemplo, un “iter temático” que presentara el año litúrgico y que permitiera advertir la continuidad entre los acontecimientos de la historia de la salvación y los signos sacramentales, entre la profesión de la fe y la participación en los “misterios”. Otro camino podría ser el siguiente: asumir como punto de arranque el núcleo primero y básico de la fe, es decir, el kerigma apostólico; e ir progresiva y sucesivamente desarrollándolo en un proceso de crecimiento y explicación, mientras se va avanzando, procediendo como en un movimiento en espiral, hasta completar, al final del proceso, una presentación integral y unitaria del mensaje cristiano. Otro camino posible en la programación del mensaje de la fe podría consistir en asumir el itinerario clásico (el símbolo de la

fe, los sacramentos, los mandamientos, la oración) para ir desarrollándolo sucesiva y gradualmente, si bien incorporando aquellas modificaciones tanto en el ordenamiento como en la profundización que se consideren necesarias, según las condiciones y circunstancias concretas de los destinatarios.

En cualquier caso, conviene advertir que esta presentación de la verdad de la fe tiene en su tratamiento catequético y pedagógico aquellas exigencias que le son propias y que, como sabemos, vienen expuestas con claridad y amplitud en la segunda parte del *Directorio General para la Catequesis*, cuando se proponen las “normas y criterios para la presentación del mensaje evangélico en la Catequesis” (DGC 97-118).

4. CRITERIOS PEDAGÓGICOS

También parece conveniente ofrecer en el diseño y programación de estos itinerarios catequéticos algunas referencias a aquellas líneas de carácter pedagógico y metodológico que exige la comunicación de la fe según edades, situaciones, condiciones vitales y culturales de los destinatarios.

Y conviene definir todo esto con alguna precisión, ofreciendo ayudas concretas de orden metodológico y didáctico para un mejor desarrollo del proceso de maduración. En cualquier caso, debe hacerse patente que los métodos y procedimientos tienen como principio de inspiración y guía la pedagogía de la fe, y, más al fondo, la pedagogía de Dios (Cf DGC, Tercera Parte).

5. CELEBRACIONES LITÚRGICAS Y SACRAMENTALES

Analizamos ahora el tratamiento pedagógico y la adecuada programación de los distintos actos litúrgicos que integran la iniciación cristiana. Me refiero a los diversos ritos presentes a lo largo del itinerario iniciático de la fe, las celebraciones de la Palabra, los escrutinios y entregas...; y sobre todo, a la celebración de los tres sacramentos de iniciación. Conviene no olvidar, cualquiera que sea la programación, que los sacramentos son fuente y cumbre de la iniciación cristiana, y comunican la salvación que brota del misterio pascual. Esta centralidad sacramental debe ser percibida como prioridad y por eso quedar reflejada en la programación de los itinerarios de la fe, de tal modo

que la celebración de los sacramentos sea considerada adecuadamente, e interiorizada por los iniciandos en su sentido integral, en su significado salvífico, en su valor y realidad sustancial; y no sólo en su dimensión ritual.

Deberá ser convenientemente atendido, a su vez, el lugar propio de las celebraciones, el momento oportuno, su sentido y significado, así como las características y modalidades concretas de cada celebración.

Por otra parte, debe tenerse en cuenta que estamos aquí en presencia de exigencias básicas que es necesario atender de modo principal: me estoy refiriendo a la preservación de la unidad de los tres sacramentos y al orden de su celebración.

6. TEMPORALIZACIÓN Y GRADUALIDAD

Más arriba he hecho referencia a esta realidad. Ahora la consideramos desde el punto de vista operativo y concreto. Es la temporalización, al servicio de la gradualidad de la fe.

En efecto, el proceso gradual del avanzar en la fe, que es propio de todo itinerario de iniciación cristiana, demanda atender esta variable, estableciendo con precisión los tiempos y las etapas del proceso; en concreto, establecer con precisión los meses o años que, en principio, durará dicho proceso iniciático, así como las etapas que consideramos debe tener. Estas etapas pueden no ser las mismas necesariamente en todos los itinerarios, ni en su identidad ni en su duración. Como es sabido, contamos, como marco general, con un modelo de referencia, ofrecido por el *Ritual de la Iniciación Cristiana de Adultos* y el *Directorio General para la Catequesis*, y que es ratificado por otros documentos del Episcopado, como por ejemplo, *La iniciación cristiana. Reflexiones y orientaciones* y *Orientaciones Pastorales para el Catecumenado*. Más arriba he enunciado este itinerario con sus tiempos y etapas.

Ahora bien, dicho itinerario-marco puede y debe ser adaptado cuando las circunstancias y situaciones de los destinatarios así lo pidan. No todos los itinerarios vienen obligados a ser idénticos. Así, por ejemplo, un itinerario de iniciación cristiana diseñado para niños bautizados, (de 6 a 10 años o hasta los 12 años), puede establecerse en torno a tres etapas: una primera centra-

da en el despertar de la fe, la apertura e interés por la vida cristiana, el conocimiento inicial del misterio cristiano para una primera adhesión a Dios; una segunda etapa de descubrimiento y conocimiento de Cristo en su Palabra, en los sacramentos, en la vida evangélica; y una tercera etapa (de carácter mistagógico) de consolidación de la fe a través de la profundización en los “misterios” celebrados.

Lo mismo cabría decir de otros itinerarios iniciáticos programados para otras edades y circunstancias. No siendo, pues, idénticos, en virtud de las circunstancias singulares, deberán, sin embargo, preservar los principios teológicos y pedagógicos que les dan fundamento.

7. LUGARES Y ÁMBITOS

Otra de las variables que en toda programación hay que contemplar es la de los lugares y ámbitos donde la Iglesia ejerce su función maternal en la iniciación cristiana. Estos son principalmente la parroquia, como ámbito propio y principal; la familia, como institución originaria; las asociaciones y movimientos laicales, la escuela católica, como espacios, medios subsidiarios y complementarios (cf. Iniciación Cristiana). Entre nosotros somos conscientes de la importancia que tiene contar con la contribución peculiar de la Enseñanza de la Religión Católica que se imparte en las escuelas públicas y privadas. Cada una de estas instituciones (que son lugares y ámbitos donde se realiza la iniciación cristiana) tiene carácter específico y a la vez complementario, de manera que le competen a cada cual unas tareas que le son propias, y cuando alguna no puede realizar su misión, otra deberá llevarla a cabo de modo subsidiario (cf. IC 32). Ahora bien,

aunque en todos estos lugares se hace presente la Iglesia, sujeto de la iniciación cristiana, la parroquia tiene la condición de ser la última localización de la Iglesia en un lugar y representar a la Iglesia visible establecida por todo el mundo (IC 32).

Pues bien, en la programación y desarrollo de los itinerarios de iniciación cristiana deben ser especificadas las responsabilidades y tareas concretas de cada uno de estos ámbitos, los objetivos, los medios, las actividades correspondientes a cada uno de ellos. Asimismo deben subrayarse los vínculos de coordinación entre los distintos ámbitos (en definitiva entre las personas que lo forman) y la conjunción de las distintas acciones e intervenciones al respecto con objeto de lograr la unidad y la coherencia del proceso iniciático.

Estamos sumamente necesitados hoy de integrar y coordinar las distintas acciones y modalidades educativas que en estos ámbitos se están llevando a cabo, porque todas, en su conjunto, deben llegar a configurar un auténtico proceso de iniciación cristiana y un impulso sustancial para la renovación de la pastoral de iniciación cristiana en la Iglesia.

8. LOS CATEQUISTAS

Al interior de la comunidad de la Iglesia, que es sujeto y ámbito de la iniciación, en cuyo seno serán engendrados y nacerán a la vida nuevos hijos de Dios, el catequista es el delegado de dicha comunidad y, en cuanto tal, actúa en su nombre.

Su disponibilidad y preparación, sus responsabilidades y tareas, así como los rasgos propios de su perfil, como testigo, maestro y guía en la fe, habrán sido referencia y objeto de trabajo a lo largo del proceso de su formación. Ahora, en este momento de su servicio catequético, deberán ser tenidos en cuenta y actualizados operativamente, concretando los términos precisos de su ejercicio a lo largo del proceso iniciático que ahora, como catequistas, deben orientar y desarrollar. Como es lógico, la tarea del catequista desborda en sentido estricto toda posible programación. Por eso es necesario insistir en la base de una identidad cristiana y eclesial fuerte, y en la adecuada formación y competencia de los mismos.

Sin embargo, cabe atender y preparar esta serie de acciones e intervenciones que ayuden a llevar a buen término el proyecto iniciático emprendido. A la vez conviene contar de modo efectivo con la presencia, ayuda y

apoyo de la comunidad cristiana, y de los responsables primeros de la pastoral de iniciación cristiana.

9. CATECISMOS Y MATERIALES CATEQUÉTICOS

Otro de los factores a integrar en una programación del itinerario catequético se refiere a hacer presente con la mayor precisión posible las referencias concretas a los catecismos y materiales de apoyo que hayan de tenerse en cuenta. No es suficiente una citación genérica de estos textos y libros de fe. Se precisa una explicitación mayor y una ordenada proposición de los contenidos y núcleos temáticos requeridos conforme al desarrollo del itinerario.

10. CORRESPONDENCIA CON EL SISTEMA EDUCATIVO

Hay otra variable o factor que, a mi juicio, en la actual situación es conveniente atender. Se trata de mostrar los puntos de correspondencia con el sistema educativo, precisando los distintos niveles según los pasos que se van dando en el avanzar de la formación cristiana. Teniendo en cuenta la importancia que el sistema educativo tiene en la configuración y conformación de la personalidad de niños y preadolescentes, parece conveniente considerar este aspecto con toda determinación, sobre todo cuando se trata de itinerarios de iniciación cristiana cuyos destinatarios cursan a la vez la asignatura de “Enseñanza de la Religión Católica” en la escuela.

Es éste, por una parte, un campo excelente para el ejercicio del diálogo y la aplicación de los principios de la inculturación de la fe y de la evangelización de la cultura; así como para abordar el gran desafío planteado hoy a todo creyente en virtud de las relaciones que nuestra cultura establece entre la fe y la razón, entre la fe y la cultura. Si todo esto está representando un gran desafío para los creyentes en el momento actual, también significa una gran oportunidad de manifestar y explicitar la verdad del Evangelio.

11. PARA EL EJERCICIO PEDAGÓGICO DE PROGRAMACIÓN

A la vista de todo esto, y centrándonos finalmente en el trabajo concreto del diseño y la elaboración de una programación de iniciación cristiana, me per-

mito ofrecer una posibilidad concreta para la articulación de dicho trabajo. Se trataría de abrir una tabla de doble entrada: en línea horizontal una, y otra atendiendo a la dimensión vertical. La línea vertical o sincrónica comprendería las variables o factores que acabo de exponer y que coinciden en el tiempo, de este modo quedaría fijada la dimensión estática y puntual, pudiéramos decir, de la programación. Es decir, el corte vertical que permite advertir, simultáneamente y en su conjunto, todos los factores del proceso pedagógico. La línea o dimensión horizontal o diacrónica (es decir, la sucesión o desarrollo a través del tiempo) estaría constituida por las etapas y tiempos del itinerario, señalando por ello la dimensión evolutiva e histórica del proceso catequético.

VI. CONCLUSIÓN

Todo esfuerzo y atención que podamos prestar al desarrollo de los itinerarios de iniciación cristiana, como instrumentos pastorales de orientación y guía, va a representar un paso adelante en el servicio a la iniciación cristiana. Es, sin duda, un empeño encomiable.

Ofrecer programaciones concretas de procesos o itinerarios catequéticos, que sean pastoralmente posibles en una determinada situación, representa un esfuerzo eficaz para ir incorporando, poco a poco, el modelo de la pedagogía catequética que está impulsando el *Directorio General para la Catequesis*.

Sin embargo, conviene subrayar que los llamados itinerarios de iniciación cristiana son, tan sólo, instrumentos pastorales al servicio del crecimiento de la fe de unos determinados iniciandos. No son fines en sí mismos, sino medios y, por ello, relativos. Ni la realidad de la fe, ni la acción del Espíritu Santo, ni la respuesta libre del hombre al Señor, pueden ser encerrados en categorías humanas. No cabe esperar de ellos una respuesta automática, aunque sí puedan orientar y facilitar el proceso de la fe y la consolidación de la misma en nuestros iniciandos. A esto estamos llamados, a esto queremos responder con generosidad como testigos y servidores de la Palabra y de la fe de la Iglesia.